
¿EL CAPITALISMO ES CONTRARIO A LA VIDA?

MAURO CASTELO BRANCO DE MOURA ¹

La respuesta a esta pregunta no es sencilla. Pero es muy relevante, sobre todo para quienes se dispongan a reflexionar sistemáticamente sobre la vida, o sea, a hacer filosofía de la biología. El conocido economista y teólogo alemán, radicado en Centroamérica, donde fungió, por largos años, como profesor en universidades de Honduras y Costa Rica, Franz Hinkelammert, sostuvo que la subordinación humana a los designios del capital, la creencia en un mercado autorregulable, no pasaría de una idolatría que condenaría parte de la humanidad a la muerte y que se opondría al Dios cristiano, que sería su opuesto, es decir, el Dios de la vida. Así, pues, el capitalismo sería un régimen social en el cual una porción significativa de los seres humanos estaría inexorablemente condenada a la desposesión y, por ende, a la miseria, las enfermedades y a la muerte ². La paradoja siniestra es que esto se daría en medio a la sociedad más opulenta que los humanos, hasta hoy, consiguieron edificar en su larga jornada de peregrinación por la Tierra, que ya dura, probablemente, más de doscientos mil años.

La utopía perversa del mercado autorregulable, como la designó Karl Polanyi ³, escamotea el hecho de que el producto del trabajo escapa del control humano y pasa a tener una existencia propia e independiente, enfrentándose a sus creadores como a una fuerza ajena, como un sujeto frente al cual los humanos quedamos sometidos. Se trata del fenómeno descrito por Karl Marx como fetichismo mercantil y que tiene su ápice en la **forma capital** (de los productos del trabajo), sujeto automático [*automatisches Subjekt*] de la sociedad burguesa. El capital, o sea, la valorización del valor [*Verwertung des Werts*], es una figura procesual cuya naturaleza es *per se* ilimitada. En sus palabras: “La circulación simple de mercancías —la venta para la compra— sirve de medio para un fin situado fuera de la circulación, que es la apropiación de valores de uso, la satisfacción de necesidades. En cambio, la circulación de dinero como capital constituye un fin en sí, pues la valorización del valor sólo se da dentro de este movimiento constantemente renovado. El movimiento del capital, por tanto, no tiene medida ⁴”. Esto es posible porque **el valor**, o sea, el atributo que configura

Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Bahía, Brasil. /
mcbmoura2@gmail.com

al capital, es extrasensorial, es decir, a pesar de emanar del proceso práctico, no es aprehensible por los sentidos, es puramente social ⁵.

La voracidad insaciable de este proceso de valorización del valor, después de algunos siglos de iniciada la “acumulación originaria” y a dos siglos y medio de la revolución industrial, aquello que parecía inalcanzable en los comienzos del proceso ya se convirtió en una realidad abiertamente amenazadora: el planeta Tierra ha quedado pequeño frente al desenfreno de las ciclópeas fuerzas que la acumulación del capital ha desencadenado. Lo que justifica el vaticinio de Marx cuando sostiene que: “De ahí que la producción capitalista sólo sepa desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción minando al mismo tiempo las fuentes de que mana toda la riqueza: la tierra y el trabajador ⁶”. Hoy día se suele hablar de un “Antropoceno” (*Anthropocene*), una nueva era geológica y climática originada por la intervención humana en el planeta. Su impacto sobre la vida es inmenso y quizá inmensurable. Las ciencias de la vida no pueden, por tanto, quedar indiferentes y ajenas a este proceso, cuyas consecuencias ya son empíricamente constatables y afectan a todas las formas de vida, incluyendo este “centauro ontológico” que, según Ortega y Gasset, somos nosotros ⁷. Seres, a la vez, orgánicos y sociales, no podemos emanciparnos completamente de la biosfera de la cual emergimos y somos también susceptibles a todo lo que la afecte.

Por otro lado, el capitalismo ha impulsado un inmenso desarrollo de fuerzas productivas del trabajo, a través del sistemático y consciente empleo de la ciencia y de la tecnología a prácticamente todos los ramos de la producción. Hay, en la actualidad, una verdadera revolución en el conocimiento acerca de la vida y una explosión de la biotecnología. Perspectivas inimaginables en un pasado muy reciente son abiertas y es difícil, sino imposible, prever lo que en el futuro la ciencia nos reserva. Como en todos los dominios del conocimiento, los resultados pueden ser o no auspiciosos para la salud y el bienestar de las personas. La ciencia no es *per se* bienhechora, hay siempre empleos perversos posibles del conocimiento. La recíproca, empero, es también verdadera. La energía nuclear, por ejemplo, que en un primer momento fue desarrollada e inmediatamente empleada para exterminar centenas de miles de personas (recuérdese Hiroshima y Nagasaki), después ha servido para producir energía eléctrica para millones de otras. El problema de una ciencia configurada como fuerza productiva del capital está en que el destino principal del conocimiento así auspiciado no es la satisfacción de las necesidades de las personas, sino la obtención de una ganancia para los capitales que la financiaron. Son los intereses de los mecenas de la ciencia los que direccionan su desarrollo. Sólo una fracción muy pequeña de la producción de conocimiento novedoso es financiada por instituciones cuyo objetivo radica en la satisfacción del interés público.

Si este razonamiento vale para toda la producción científica y sus derivaciones hay, sin embargo, especificidades con relación a las ciencias de la vida y a sus aplicaciones biotecnológicas que merecerían una especial consideración. Una de las peculiaridades de la vida es que ésta tiende a reproducirse, o sea, hay un afán, inmanente a su existencia misma, en perpetuarse, aunque los individuos vivientes sean mortales. Además, lo que usualmente designamos por muerte es una característica que sólo se aplica *stricto sensu* a la vida. Sólo metafóricamente podemos decir que un ente inorgánico (no vivo) muere. El hecho de que los seres vivos busquen perpetuarse por la reproducción hace con que todas las mutaciones genéticas que se les impongan tiendan también, de algún modo, a la perpetuación, aunque siempre sujetas a nuevas mutaciones. Esta plasticidad conservadora debe imponer precauciones suplementares a todas las experimentaciones en el ámbito de la vida. Más allá de los límites éticos que deben de ser impuestos *ad hoc*, desde afuera, es necesario tener siempre presente un amplio espectro de consecuencias que no pueden ser directamente previsibles. Los controles sociales son, pues, aquí, de enorme relevancia, pero de difícil observancia.

La explosión de la biotecnología trajo aparejada, además de los muchos éxitos innegables, su mercantilización. Patentes vivas, como propiedad privada, son contrarias a la organicidad de lo ecológico, en tanto sistema en cual los entes vivos permanentemente se inter-influencian recíprocamente. Además, la búsqueda por la mayor ganancia posible en el menor tiempo, que hace parte de la naturaleza de la acumulación del capital como una fatalidad inexorable, conspiran contra la cautela imprescindible al quehacer de las ciencias de la vida y sus desdoblamientos biotecnológicos. Por otro lado, la propiedad privada es también opuesta a la publicidad y a la colectivización de las decisiones, una vez que el secreto es condición de la ganancia. El adagio *Omnis determinatio est negatio* atribuido a Spinoza puede extenderse, *mutatis mutandis*, a la afirmación de que la propiedad privada de uno excluye de ella a todos los demás, o sea, a la humanidad entera, supeditando el interés colectivo al individual. El que desee la ganancia inmediata puede atentar contra el interés público e, incluso, contra el equilibrio sostenible de la biosfera. Los problemas que la ganancia inmediata y fugaz son capaces de engendrar pueden persistir por generaciones. Muchos graves errores en este sentido ya fueron cometidos, con serias consecuencias para el sutil equilibrio ecológico de regiones enteras. Lo noticioso es que el poder de producir resultados indeseables ha aumentado exponencialmente y, si persistiéramos en este sendero, pudiéramos ser llevados a una hecatombe. Mientras no se supere el capitalismo, sustituyéndolo por un régimen de reproducción social más amigable a la vida en este planeta, es imprescindible que se le impongan frenos compatibles con los intereses mayores de la humanidad. ¡La vida y nosotros agradeceríamos!

- 1 Profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Federal de Bahía (Brasil).
- 2 "En el análisis del fetichismo el capital está visto como el gran señor del mundo mercantil, el cual, a través de la pauperización, el desempleo y de la destrucción de la naturaleza, decide sobre la vida o la muerte de los hombres" (Hinkelammert, Franz, *Las armas ideológicas de la muerte*, Costa Rica, EDUCA, 1977, p. 65).
- 3 "[...] la idea de un mercado auto-regulable implicaba en una rematada utopía. Una tal institución no podría existir en cualquier tiempo sin aniquilar la substancia humana y natural de la sociedad; ella tendría destruido físicamente el hombre y transformado su ambiente en un desierto" (Polanyi, Karl, *A Grande Transformação*, Trad. Wrobel, Fanny, Rio de Janeiro, Campus, 1980, p. 23).
- 4 Marx, Karl, *El Capital*, Trad. Roces, Wenceslao, 4ª ed., México, FCE, 2014, Libro I, pp. 140/141.
- 5 "Hasta ahora, ningún químico ha descubierto el valor de cambio en una perla o en un diamante" (Marx, ídem, p.82).
- 6 Marx, ídem, pp. 451/452.
- 7 Cf. Ortega y Gasset, José, *Meditación de la Técnica*, 3ª Ed., Madrid, Revista de Occidente, 1957, p. 38.